



Lombroso.

## Celebridades.

Hace algunos años el nombre del eminente antropólogo y profesor de la Universidad de Turín, César Lombroso, apenas era conocido entre nosotros. Actualmente, y sobre todo después de los notables trabajos de los Sres. Dorado Montero, Salillas, Silió, Andrade, Aramburo y otros, no ya los criminalistas y los sociólogos, sino todos los hombres científicos han estudiado más ó menos profundamente, desde distintos puntos de vista y con diverso criterio, pero reconociendo todos su sobresaliente mérito, *El hombre delincuente, Las aplicaciones de la antropología criminal, La antropología criminal y sus recientes progresos, Las investigaciones de psiquiatría y de antropología criminal, La mujer criminal y la prostituta y El delito político y las revoluciones*, que constituyen las producciones principales del ilustre fundador de la moderna escuela positivista italiana, cuyas doctrinas han penetrado en todos los países cultos.

Con efecto, César Lombroso es quien realmente ha dado vida á esta escuela, que ha determinado la llamada crisis del Derecho penal, escuela que, como dice Mr. Enrique Ferri, que tan distinguido lugar ocupa en ella, á diferencia de la *clásica*, «que estudia el delito en su objetividad abstracta y, por consiguiente, no se ocupa del delincuente sino como de un término algebraico para la aplicación de la pena, proporcionada al delito y no al delincuente; y si se ocupa de éste en ciertas condiciones de evidente anomalía, lo ha hecho y lo hace por el método *apriórico*»; á diferencia de esta escuela, hoy decadente, «considera la criminalidad como un fenómeno natural, y, por lo tanto, en vez de la delincuencia, estudia al delincuente, adaptando sobre todo á éste las precauciones defensivas y teniendo el delito cometido sólo como un indicio de la potencia maléfica de quien lo ejecuta». — (Ferri, *La escuela criminalista positiva*.)

Estas ideas son las que informan los ya numerosos escritos del eminente antropólogo á quien nos referimos y marcan la dirección que imprimiera á las corrientes y á las ciencias jurídicas en materia criminal. Lombroso, y con él cuantos á su lado figuran, cooperando á la fecunda obra revolucionaria que ha emprendido, abandonando el método estrictamente deductivo del clasicismo, causa de tantos errores, y siguiendo en ello á las ciencias físico-naturales, emplean fructuosamente en sus trabajos el *inductivo-deductivo*, de *observación*, de *experimentación* y el *comparativo*.

24 Diciembre 1899.

haciendo ver palmariamente que con iguales beneficiosos resultados es aplicable á la sociología y al derecho; método que, según escribía el profesor de la Universidad de Messina, Fernando Puglia (*Introducción al estudio del derecho represivo*), «se consideran diligentemente los fenómenos que caen bajo nuestros sentidos y de los que tenemos conciencia, en todas sus manifestaciones, y así como los fenómenos referentes al hombre pueden dividirse en internos y externos, así, gracias al método de observación, se puede llegar al más ó menos exacto conocimiento del doble orden de los fenómenos».

La adopción de este método y el haber dejado á un lado el apriorismo, han contribuido poderosamente á hacer tan fecunda la labor de Lombroso. Para resumir sus ideas y conclusiones con exactitud, su pensamiento en breves líneas, acudiremos á uno de sus más distinguidos colaboradores, al doctor D. Antonio Marro, quien en su apreciable libro *Los caracteres de los delincuentes* dice: «A diferencia de otros hombres de ciencia, Lombroso, en el estudio de los caracteres somáticos y psíquicos de los delincuentes, enlaza el de las causas y el de los medios de la delincuencia; reconoce la influencia hereditaria sobre el delito, y examina la de las razas y el sexo; reconoce á los malhechores habituales como incapaces de corrección, y en que si la idea de lo justo puede llegar á su inteligencia, jamás es sentida por su corazón; y concluye que la delincuencia, por sus caracteres somáticos, psíquicos y hereditarios, constituye un *retorno atávico* á las tendencias animales, contenidas algún tiempo por la educación, por el empleo del castigo y el temor al mismo, por el predominio de lo mejor bajo el influjo de determinadas circunstancias que lo contienen, por el precio de los comestibles, del sexo, del celibato, de las profesiones, de la imitación, etc., considerando maléfica sobre el número de los delincuentes la influencia de la civilización, de las grandes concentraciones de obreros en las ciudades, de los romances, de las casas de dormir para los pobres y de la imperfecta cultura que se da en las escuelas».

Tal es la teoría lombrosiana, según el Dr. Marro, desenvuelta en multitud de escritos por los notables publicistas que siguen los nuevos derroteros, que ha determinado el nacimiento de la escuela *crítica* y que, aun cuando sus adversarios lo nieguen, hace ya sentir su influjo hasta en las legislaciones positivas. Partiendo de ella, ha hecho su clasificación de los delincuentes, en la que figuran en primer término los *natos*, cuyo tipo y caracteres puntualiza, considerándolos como fatalmente llevados por su constitución físico-psíquica á delinquir, y puntualiza también los de los por él llamados locos morales y de los epilépticos, concediéndoles, con razón, extraordinaria importancia. De esa misma teoría forman parte los medios preventivos de la criminalidad, más eficaces para combatirla que las penas, casi olvidados por los *clásicos*, y á los que al sistematizarlos dió Ferri gran desarrollo; medios que, correspondiendo con los factores de la criminalidad, han sido clasificados en antropológicos, físicos y sociales. Sus estudios sobre la delincuencia de los salvajes y de los niños, sobre el suicidio, sobre el tatuaje y el argot, sobre el hipnotismo y sobre el anarquismo, son verdaderamente notables, y apreciabilísimas sus lecciones de medicina legal. Es, pues, Lombroso uno de los más grandes hombres de ciencia del expirante siglo. Su influencia en los estudios antropológicos ha sido bastante notable y no menor la que ha ejercido en la sociología y en el derecho moderno, en éste sobre todo, y especialmente en el penal, que, ayudado por cuantos militan en la escuela positivista, viene transformando en bien de la sociedad, cuyos medios de defensa contra sus más numerosos y perseverantes enemigos aumenta, señalando cuáles son las causas del mal y los mejores remedios aplicables.

Manuel Gil Maestre.

## ¡Pobrecillo!

Don Pelayo Vizuete, director de este lindo semanario, ha tenido el capricho estrafalario de ponerme en un brete diciéndome:—Don Juan, usted perdone; renuncie usted por hoy á los diversos asuntos que tendrá para sus versos, y si usted no se opone, haga usted con la pluma una *instantánea* de lo que me acontece, porque á mi me parece que debe publicarse en MISCELÁNEA.

—¿Qué es ello?—pregunté.—

—Pues es—me dijo—

que tras un estornudo archimorrocotudo que solté, no recuerdo á punto fijo si fué el martes pasado, sentí un fuerte chasquido en los riñones y me quedé doblado y echando maldiciones, y con todo mi ser desvencijado. Desde entonces cojeo, y aunque el andar torcido es algo feo, no hay alma bienhechora que me haga andar derecho por ahora. —¿Y qué desea usted?

—Que á su manera, ya que no sea con ingenio agudo,

diga usted por ahí que mi cojera sólo tiene por causa un estornudo. Esto me dijo el director famoso, y hoy accedo á su ruego muy gustoso. Conque ya lo sabéis, lectoras mías y lectores amados: don Pelayo Vizuete hace seis días está con los riñones... saltados.

.....  
Ayer me le encontré precisamente y tuvimos el diálogo siguiente:

—¿Y ese humor, don Pelayo?

—Sigue negro.

—Y el dolor ¿se ha pasado?

—Sí.

—Me alegro.

—¡No, si quiero decir que se ha pasado desde el lado derecho al otro lado!

Y me habló de punzadas muy adentro y de no sé qué bizma misteriosa... ¡y hoy también me le encuentro!

¡y vuelve á hablarme de la misma cosa!

En fin, yo le aconsejo que se aguante y no estornude más en adelante.

¿Que no hace caso del consejo mío?

Pues si quiere evitarse desazones, que antes de estornudar con tanto brio ponga en sitio seguro sus riñones.

Juan Pérez Zúñiga.



## AMIGOS DE KRÜGER

¿Qué digo amigos? Admiradores á machamartillo y entusiastas fervientes los hay ahora en cada esquina, más que por amor á los boers, por odio á la «pérfida Albión».

Nuestra revancha resulta un poco traída por los cabellos.

Nosotros fuimos derrotados por los yanquis, éstos eran amigos de los ingleses, y hoy un pueblo que nada tiene que ver con los ingleses ni con nosotros derrota á los amigos de nuestros enemigos.

Poca cosa es; mas esta satisfacción por carambola basta para hacernos felices.

Somos un pueblo frugal, y nos contentamos con poco: con poco alimento y con poca satisfacción.

—¿Ha visto usted la última paliza?

—Tremenda, hombre, tremenda

—Debió de ser una batalla sangrienta como pocas. ¡Ya ve usted! En las márgenes del río Tugela.

—En efecto, la sangre habrá llegado al río, por poca que corriese.

Los cocheros de punto, que son en Madrid de lo más intelectual é ilustrado que darse puede, comentan desde el pescante los periódicos de la mañana, y siguen entre sorbo y sorbo de café las peripecias de la guerra.

Lo que más les choca es la campechana soltura con que se escriben los comentarios técnicos de la guerra.

«El generalísimo Joubert acaba de propinar un escarmiento á las tropas británicas... Crouge ha propinado á lord Methuen una paliza colosal... La lección propinada á Chamberlain por el astuto Krüger es de las que no se olvidan.»

El verbo «propinar» ejerce innegable y decisiva influencia en nuestros cocheros de punto.

Hay quien encuentra á Krüger hasta guapo.

Y un escritor extranjero desentierra frases de Bismarck encomiásticas al presidente del Transvaal que hacen decir á los chasqueados ingleses:

—Pero, hombre, si usted lo sabía, ¿por qué no lo ha dicho antes?

El plano geográfico del Cabo de Buena Esperanza con los territorios afines nos es familiar como fué el de Cuba hace tres años

Así somos: aprendemos la geografía á tiros.

Aquella fórmula del dómíne, «la letra con sangre entra», sigue siendo verdad, á pesar de los adelantos pedagógicos.

Roguemos á Dios que perpetúe nuestra santa ignorancia respecto á los mapas geográficos de las Canarias, de Ceuta y aun de Cataluña y Vizcaya.

Mientras los disparos se oigan de lejos, menos mal.

Aunque, á juzgar por lo vivo y animado de los comentarios, no parece sino que el Transvaal está por ahí, por el Guadarrama.

—Vengo asustado—nos dice un amigo;—¿has visto la paliza que le han dado á Buller?

—Pero ¿dónde? ¿Dónde ha sido?

Y salimos como flechas, creyendo que el lance acaba de ocurrir en plena calle de Sevilla.

**Luis Royo Villanova.**



## Mis noches.

Del sol los deslumbrantes resplandores,  
como los sueños del amor, se alejan,  
y la noche se extiende  
y brillan las estrellas,  
y la luna sus rayos mortecinos  
vierte sobre la tierra.

La luna es triste como son los duelos,  
y por eso es del triste compañera;  
es una augusta majestad que muere  
en su trono de sombras y tinieblas.  
En esas noches, para muchos claras  
y para mí muy negras,  
suelo escuchar las voces del beodo  
que, alejado de dichas y miserias,  
logra vivir la vida que se finge  
en su estúpida y loca borrachera.

Y escucho las canciones  
que entonan al sonar de las vihuelas  
infelices obreros  
que, para no llorar, cantan sus penas.  
Oigo el rumor de frases cariñosas  
que en la oscura calleja  
se dicen dos amantes;  
la noche los espera,  
y en la noche escondidos  
con los ojos se miran y se besan.  
Vienen á mí los ecos de festines  
con los choques de copas y botellas,  
y los chasquidos de lascivos besos  
de asalariadas cínicas rameras.

Hoy comparo con éstas otras noches  
en que, á mi lado ella,  
me decía palabras al oído  
para que nadie más que yo la oyera.

Eran de amor encantadoras frases,  
misteriosas promesas,  
dichas así para que sólo el alma  
pudiera recogerlas.

Unidas nuestras manos,  
y más que unidas presas,  
nuestras bocas muy juntas  
y nuestras almas, cual las bocas, cerca,  
mis noches resbalaban dulcemente  
como el arroyo que, en su linfa, lleva  
aromas de las flores  
que con la misma linfa se sustentan.

Esas noches de ayer también comparo  
con mis noches de hoy, solas, eternas;  
nos separa un abismo  
que en sus entrañas lóbregas encierra  
un infierno de celos, cuyas llamas,  
como burla sangrienta,  
en el rostro me dan, y así me alumbran,  
y en el alma me dan, y así me queman...

Estas mis noches son: mi hogar tranquilo,  
donde el silencio de la muerte reina,  
y del quinqué los resplandores rojos  
que caen sobre mi mesa,  
en mis libros denuncian el desorden,  
pero iluminan los retratos de ella.

Ven, mi amigo, mi hermano,  
tú que sufres también, que eres poeta,  
tú que tienes un alma  
noble, sencilla, generosa y buena.  
Ampárame en mis noches de recuerdos,  
dáme un rayo de luz tu inteligencia;  
acaso, como el sol, vencer pudiese,  
de mis noches, mis nubes y mis nieblas.

**Vicente Casanova.**

## DE «RE» LITERARIA

(Versos, por VICENTE CASANOVA)

Decía el amigo Vizuete, en el primer número de este periódico, que las obras artísticas no son estudiadas por los críticos como Dios manda. La aparición de un libro *se anuncia*, pero jamás se examina tal obra ni se dice lo que vale: éste es un padecimiento de la prensa *profesional* que se va convirtiendo en crónico y que menoscaba el crédito de que debe gozar la crítica, á la cual no le resta más que el nombre.

Efectivamente, el libro de Casanova le he visto *anunciado* en algunos periódicos, que han llevado la *generosidad* hasta el punto de consagrar e al autor ocho ó diez líneas y de llamarle *distinguido escritor*, como pudieran haberle llamado *distinguido amigo ó distinguido agente de Bolsa*. Así se escribe actualmente de literatura, y de esta suerte se saluda la aparición de un buen libro.

Es verdad que atreverse á publicar en estos tiempos un tomo de poesías es acreditar un valor á prueba de bomba, pues tan noble osadía suele hallar por premio la indiferencia de un pueblo que ya enterró la poca poesía que le quedaba, y que atiende más á darla de despreocupado y sabihondo que á poner fundamentos á sus ridículos alardes de sabiduría... de párvulo. Unos cuantos nombres de cosas ó de personajes traídos de acá ó de allá sin venir á cuento, nos dan muy pronto fama de eruditos, y entonces es cuando la prensa nos concede la gloria, aunque seamos verdaderos tontos de capirote.

Vicente Casanova es un poeta, y su libro una colección de versos en que la hermosura y la valentía de la expresión y, en ocasiones, lo hondo del pensar, hacen olvidar los lunares que alguien pudiera descubrir en ellos; que lunares hay en la obra del poeta, como no faltan en la de cada hijo de vecino. Por ejemplo, Casanova exagera su culto por el amor. Digo *exagera*, y digo mal; el poeta no exagera: el poeta siente el amor como lo describe; pero lo siente tan absoluto, tan único, que aun antepone al deber el amor culpable, y cree encontrar en ese amor, cuando es hondo, la sanción divina y la aprobación de los hombres. Esto para mí es un lunar *gordo*; por eso alabo en Casanova la profundidad del pensar y la gallardía de la expresión; pero no sus ideas respecto del amor, que es lo que constituye principalmente el tema de sus versos.

La imaginación de Casanova, propia de un poeta, le hace considerar como desgracias irreparables muy pasajeros accidentes de la vida: á esto precisamente se debe la belleza de sus composiciones. Con menos imaginación Casanova sería un hombre relativamente práctico; pero no sería poeta.

Y ¿qué son los versos de Casanova?

..... los resplandores  
de un sol que no ha rasgado nubes ni nieblas,  
quejumbres de recuerdos desoladores,  
cantos de otras edades y otros amores  
sumidos ya en el mundo de las tinieblas.

Y de ellas los arranco; los rescuto  
para que tú conozcas mis pensamientos;  
ignoro si mis versos son un delito,  
mas, si lo son, advierte que los he escrito  
por descargar el alma de sentimientos.

Ciertamente; casi todo el libro no es otra cosa que

quejumbres de recuerdos desoladores;

ó, por lo menos, que le parecen desoladores al poeta. *Horas de angustia* es una poesía sentidísima; y *Madridleña*, llena de pasión, de luz y de movimiento, contiene estrofas gallardas y arrebatos como la muestra:

Y llegaste, y mis ojos te contemplaron  
no sé con qué impacencias, con qué fervores;  
mas sé que tus hechizos me separaron  
del altar de la Virgen de los Dolores.

No sigo paso á paso al poeta porque MISCELÁNEA no permite hacer tan prolijo análisis del libro; pero no pondré punto hoy sin citar tres composiciones, *Felicidad*, *El misionero* y *Déjame*, que resultan muy inarmónicas por tener agudos algunos de los versos pares; ni dejaré la pluma sin hacer mención de dos bellísimas, *Mensaje* y *Gloria*, en que el amor se desborda en hermosos apóstrofes con el entusiasmo de la fe, la grandeza de la desesperación ó la simpatía amargura de la impotencia.

Concluiré otro día.

**Don Gil de las Calzas Verdes.**



## À PROPÓSITO DE LIBROS... VIEJOS

*A mi antiguo amigo Sinesio Delgado.*

Creo que no hay libros viejos ni libros nuevos: todo libro malo es viejo desde antes de ponerse á la venta, pero el bueno jamás envejece.

Se me antoja también que los libros de una biblioteca particular están en su casa; los de la Biblioteca pública, en un asilo; los de una tienda de *libros viejos*, en un cementerio. La sucia manta extendida en mitad del arroyo es la fosa común; allá van á parar los libros que no tienen nicho en esta clase de establecimientos.

Cuando entra el libro en el mundo, por los escaparates de las librerías, aparece limpio como la conciencia de un niño. Despliega sus hojas y comienza á vivir: es examinado, discutido y juzgado.

Trata con la dama sentimental, con el profundo filósofo, con el joven despreocupado: le discute el literato, le saborea el artista, le juzga el crítico, le justiprecia el sabio, y el bibliófilo concienzudamente le analiza, examina, desmenuza y clasifica como antropólogo consumado. Trae y demuestra ideas, sentimientos y tendencias propias, simpatiza con unos, se hace antipático á otros y muéstrase á muchos indiferente.

De su agradable consorcio con la opinión pública nacen otras ediciones, luego se reproduce por virtud propia.

Muere... como todo. Verdad que muchos *Inmortales* han muerto, y así podrá entenderse que mueren libros que son inmortales, porque no sufren ya la existencia febril de los modernos tiempos, sino que gozan la del recuerdo glorioso, vida sosegada y tranquila que á la memoria del genio se consagra.

Y por que mayor parezca la analogía del libro con el hombre, obsérvese que obras bien editadas, con cubierta elegante y pulcra, como indumentaria de persona culta y correcta... á veces suelen decir no más que simplezas ó necedades de á folio:

El medio más fácil de adquirir libros es pedirlos á quien los escribe. ¡Esto es lógico! tanto, por lo menos, como pedir al tendero de colonia... al tendero de géneros ultramarinos un saco de café de Puerto Rico en concepto de recuerdo cariñoso ó en testimonio de la estimación que nos merecen sus altas dotes personales.

Sin embargo, hay quien los compra. Se guarda los que agradan y los demás se prestan, lo cual equivale á renunciar á ellos, según observación práctica de comprobada evidencia.

Allá suelen ir éstos y á manos del librero de viejo: con restos de ediciones, con los del estudiante desapicado, con todos los que al ignorante le sobran, con parte de la biblioteca de una familia que *llegó á menos*. Con tales y otros elementos heterogéneos sformase poco á poco esos baratillos de libros.

Pocas veces el que los compra ignora su valor; pero siempre los adquiere según la cuenta de beneficios que pueden producirle, y los echa sobre las polvorientas

tablas del tenducho con la indiferencia del sepulturero que arroja un cadáver al fondo de la fosa.

Entré hace pocos días en una de estas tiendas y comencé á hojear tomos y revolver infolios so pretexto de comprar algunos. En esta tarea pasé mucho tiempo.

Como mi fantasía es loca furiosa que se escapa de la jaula al menor descuido, y aquella tarde no estaba yo para cerrar puertas ni tapar resquicios, soltóse y dió en la manía mayor que darse puede: yo vi personificadas aquellas obras antiguas y modernas en los autores que las crearon, y hasta parecióme que departían ellos sobre diversos temas motivos de controversia eterna.

Yo vi cómo la pecadora mano del traficante había colocado á Santo Tomás entre Kant y Hegel, y escuché al Dante recitar sonetos á la Pardo Bazán. Desde la repisa de un ventanuco medio cubierto por tela de araña, peroraba con Demóstenes Rodríguez San Pedro; la pasta de lord Byron rozábase con la de D. Emilio Castelar; discurría Lope sobre asuntos de la escena española con Valentín Gómez, Guillermo Perrín y otros muchos; más distante destacábase la figura de D. Pedro Calderón de la Barca con faz adusta y continente severo. Muerto de risa escuchaba Cervantes Saavedra cuentos de Urrecha; Kasabal susurrábale crónicas sutilísimas á don Francisco de Quevedo; allá, en el rincón más oscuro de la estantería, sorprendí á Fray Luis de León con Mad. Staël... ¡Qué espantosa confusión!

Pasaban las horas, llegaba la noche, y yo seguía revolviendo libros y arrojando algunos al suelo desde las tablas más altas; febril, sudoroso, cubierto de polvo, perdido en las sombras del miserable tenducho poblado de fantasmas que hacían resonar sus vocecillas agudas ó graves en mi cerebro lleno de ideas fecundas, creaciones maravillosas y muy vagos recuerdos de otra humanidad y otros mundos, no sé si reales ó soñados en largas vigiliass; y sentí el vértigo invadir mi razón y quise marcharme; no pude y cerré los ojos y aumentó la confusión y el desorden: vi desfilar ante mis ojos figuras arrogantes, venerables, imponentes unas; despreciables, contrahechas, ridículas otras; los manes del genio, los fanticos de la osada mediocracia: de todas clases, edades, países y condiciones; vistiendo la romana toga, las ropas talaras, la vulgar levita, la clámide espartana...

—¡Luz! ¡Luz!—grité medio sofocado.

Apareció con aire tético el viejo librero, que traía un candil mugriento.

Sosegado á medias, iluminó un poco mi cerebro la luz de mi razón; entonces pregunté:

—¿Sabe usted lo que tiene aquí dentro?

—Ya lo creo: los grandes libros.

—Y... ¿nada más?

—Sí, señor: hay también ratones; pero no es cosa de cuidado; ¿le conviene á algo de lo que ha visto?

—Sí; mañana volveré por los vivos...

—¿Qué está usted diciendo?

—¡Ah!... quiero decir que volveré por algunos libros.

Sali de la tienda dejando asombrado al dueño, que se permitió decir en alta voz:

—¡Anda, que ya se te conoce! ¡Cuando cae por aquí un *pelma* de éstos estamos aviados!

El aire fresco acabó de calmar mis ideas; serenóse mi espíritu; pero al extremo de la calle vi la sucia manta extendida en mitad del arroyo, y sobre ella muchos libros.

—*Aquí á escoger, al gran barato: á tres perras gordas. Hay comedias, discursos, novelas y poesías. ¡El papel vale más!*

Mirando el montón estaba un chico que traté varias veces en algunas redacciones de periódicos, entre bastidores, en Telégrafos, en el café y en otros sitios que no recuerdo.

—¿Lo ve usted?—murmuró con tristeza señalándome un libro suyo que cayó en la fosa común.—Dice que vale más... más que ilusiones, esperanzas, trabajos y desvelos; más que los sueños de gloria, ¡mucho más! ¡Cuánto ha subido el papel! Yo he leído que para saborear los deleites de la vida, debiéramos hacer tres

cosas: plantar un árbol, educar un hijo y escribir un libro... bueno; pero ¿y si el árbol no se educa y el hijo no se vende y el libro se nos pudre?...

Me inspiró compasión el camarada y... afectando una indiferencia cruel, de muy buen tono entre nosotros, le dije sonriendo burlonamente:

—¡Vaya, aliviarse!

**Alberto Lozano.**



## DICIEMBRE

Pasó Noviembre y con él pasaron los últimos destellos del verano y los días de tibio ambiente del otoño; pasó Noviembre, y su sucesor, aquel Frimario del cómputo de la primera república francesa, envuelto en su húmedo y frío sudario, con su apagado sol, su mezquina luz y su constante melancolía, llama á nuestras puertas. A las amarillentas tintas del anochecer de otoño sucederán las plomizas brumas de la estación invernal y el helado cierzo vendrá á suspender las funciones todas de la naturaleza.

Y no obstante, el décimo mes de los Romanos tiene su encanto y poesía... ¿pero en cuál de las hojas del achacoso Saturno no la encuentra la humana imaginación!...

No será la nota alegre y bulliciosa de los meses primaverales, no la vital y exuberante del estío, ni tampoco la suave y serena del otoño; la del invierno vendrá impregnada de la melancólica tristeza que siempre acompaña al crepúsculo vespertino, la escasa luz, la densa niebla, la monótona lluvia ó la nieve silenciosa; será mezcla de sentimentalismo y tristeza que, trasportando nuestra alma á más elevadas regiones, en plácida calma, podrá entregarse en ellas de lleno á las abstracciones de lo infinito.

Diciembre, y con él el invierno, son para el gran mundo, para esa frívola y vana sociedad que se cree ella sola nacida entre dichas y para el goce de materiales placeres, la época de aquéllas y de éstos. Las más encumbradas y elegantes casas abren sus salones; hacen lo propio los teatros con sus puertas; sucedense los saraos y las fiestas; ríndese culto á la memoria de Lúculo, y entre el bullicio del baile, los acompasados ritmos de cien instrumentos músicos, el irisado centelleo de mil luces descompuestas á través de frágil vidrio veneciano donde se liban exóticos y costosos vinos, el perfume de tropicales plantas y delicadas flores, la contemplación de hermosas mujeres ataviadas con ricas estofas y que, cubiertas de deslumbrante pedrería, muestran á lúbricos ojos impúdicas desnudeces, y las incitantes y lujuriosas sonrisas de tentadoras Circes, olvidan multitud de seres á cuyas puertas la necesidad, el hambre, la miseria llaman con despiadada mano el primer día de invierno.

Para estos desgraciados seres Diciembre, y con él el invierno, constituye la época de las crudezas, tiranías y aterradoras angustias. Con Diciembre viene el frío; con el frío vienen las necesidades y con éstas, no satisfechas, la vida del pobre se hace insostenible.

Mes de gratas ceremonias y recuerdos; mes que en tres días se rinde poético culto á la más pura de las doncellas de Nazaret; mes que al recordar al mundo la venida del *Prometido de las gentes* apagas con ensordecedor bullicio los lamentos de quien en tan clásicos días apenas tiene con que cubrir su desnudez, ni un pedazo de pan, que las crudezas de tu tiempo le niegan ó impiden que gane honradamente... pasa. Pasa con la vertiginosa rapidez del meteoro, y ¡ojalá que tras tus heladas huellas renazca en apagados hogares, al suave soplo de más benignas estaciones, la llama de la vida, que con alevosa crueldad hasta á la propia naturaleza le arrebatas!

**Silverio Moreno.**

1.º Diciembre 1899.